COMEDIA NUEVA.

INTITULADA:

EL BASTARDO DE SUECIA.

SIN MUGERES.

EN TRES ACTOS.

POR DON FRANCISCO DE TOXAR.

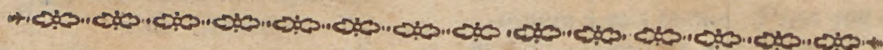


CON LICENCIA.

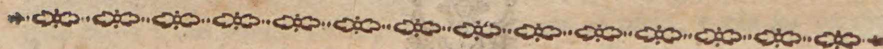
En Alcalá: en la Imprenta de Don Isidro Lopez, Calle de los Libreros, donde se hallará, y en Madrid en su Librería Calle de la Cruz, frente de la Nevería.
Año de 1792.

ACTORES.

Cárlos Rey de Suecia.
Adolfo su hijo.
Henrique Duque de Ostrogotia.
Guillermo creido Príncipe de Suecia.
Roxerio confidente de Guillermo.
Amadéo, Capitan de Guardia.
Claudio, criado de Henrique.
Dos Monteros.
Comparsa.



La escena se representa en las inmediaciones de Suecia.



EL BASTARDO DE SUECIA.

ACTO PRIMERO.

Bosque con algunos árboles á uno y otro lado, sale Adolfo en trage de Peregrino, y traerá espada.

Adolf. MOntes agrios de Suecia,
cuya aspereza intrincada
le es al Sol casi imposible
el llegar á penetrarla,
si tener compasion cabe
en vuestras duras entrañas,
deste infeliz lastimaos,
que en la deshecha borrasca
de sus desdichas, hallar
puerto en aquestas comarcas
solicita; y si es que acaso
por ignorar mis desgracias
no os compadecéis, sabed
que hoy en mí se ven cifradas
las mayores que inventar
pudo la miseria humana.
Sabed que ya de los hombres
huyo, y vengo á las montañas
á proferirles mis quexas,
pues sé por verdad muy clara
que aunque no se disminuyan
mis adversidades raras
de esta suerte por lo menos
no podrán verse aumentadas;
lo que tal vez sucediera
si à los hombres me quexara.
Sabed que el Infante Adolfo
de Suecia es quien os habla,
y pues sabeis quien soy, ya
no teneis que saber nada.
Es tan pública mi historia,
que estos árboles y plantas
(á ser posible) mejor
que yo pudieran contarla;
y así::: ¿Mas qué es lo que digo?
¿Qué locura tan extraña
mi sentido de esta suerte
me suspende, y arrebata?
Yo á los montes les doy parte
de mis desdichas infaustas?
Yo repito mis querellas
á insensibles? Sí; y nada (mo
hay que admirar, que á este estre-
me han conducido las ansias
que padezco. Pero si
de ellas fué principal causa
mi patria, necedad es
querellarme hoy en mi patria,
y mas lo es volver à ella
teniendo razon sobrada
para huir sus tiranias.
Pero si ayer me maltrata,
podrà ser me ampare hoy;
por fin, vuelvo en confianza
de un fiel amigo, que es solo
quién me consuela entre tantas
congojas de que se mira
toda mi alma cercada.
Ya me parece he llegado
(si las señas no me engañan)
al sitio en que me avisó
Henrique que le aguardára.
Hora es ya de que venir
pudiera: quién su tardanza
ocasionará? No hay duda
son para el que espera largas
las horas, y aun los instantes
que impaciente::: Mas pisadas
cerca de aquì siento, todo
(¡ay de mi!) me sobresalta.
Mira adentro.
Henrique es que ya á este sitio
llega; yá mi pecho exhala
el placer que su venida
causó.

Sale Henrique, Galan, en trage de Campo.

Henr. Señor, da tus plantas
à un siervo tuyo.

Adolf. A mis brazos

llega, que en ellos el alma
de tantos finos servicios
quisiera darte por paga.

Henr. Solo por premio quisiera
del afecto, con que te ama
mi corazon, poder yo
dar remedio à las tiranas
desventuras de tu suerte.

Adolf. Si hubiera en mí alguna causa
digna para padecerlos
sin ninguna repugnancia
estos ultrages sufriera,
mas como veo dimanan
de una injusticia, es preciso
que mas pesares me añada
ver quan sin razon padezco
penas tan nuevas y raras. (se

Henr. No obstante, Adolfo el rendir-
á contigentes desgracias
es de femeniles pechos,
no de quien resistir trata
su rigor: los corazones
magnánimos no desmayan
por mas que cruel la fortuna
avasalle su constancia,
y es bien que en buscar remedio
se empleen.

Adolf. Quando yo esperanza
de poderle hallar tuviera
justo era que le buscara;
pero que remedio hallar
podré, quando ya cerradas
las puertas veo que pudieran
conducirme á el? No, no se halla
para mí alivio en el mundo.

Henr. Que así desconfies me espanta.

Adolf. Henrique amigo, yo creo
no estàs de lo que me pesa
enterado, quando admiras
mi mucha desconfianza,
y así, aunque lo sepas, quiero
recordartelo ahora, para
que reconozcas si tengo
de tenerla justa causa.
Ya sabes que hijo de Cárlos,
de Suecia invicto Monarca,
nací, mas con tan vil nota
que serlo ha sido en mi infamia,
pues nací bastardo. ¡Ah! Como
tengo resistencia tanta,
que tal pronuncio, y no sirven
de veneno mis palabras
al corazon! Pero si
hoy en esto se encerraran
solamente mis desdichas,
dichas pudieras llamarlas.
A un tiempo dos hijos tuvo
mi padre, uno de su Dama,
que fuí yo, otro de su esposa
que fué Guillermo, y pasadas
muy pocas horas mi madre
despojo fué de la parca.
Gran dolor ocasionó
á mi padre, que la amaba
tiernamente (segun dicen)
por lo qual la Reyna airada
y zelosa llegó á ser
su melancolia tan rara
que rindió la vida à impulsos
de aquesta aprehension tirana;
en lo qual se verifica
pocas veces las desgracias
vienen solas, porque suelen
venir siempre eslabonadas.
Quién dixera que mi padre
el amor no trasladara
de mi madre en mí? era caso
tan creíble, que el dudarlo
por necedad se tuviera,
pero fué tal su mudanza
que trocó el amor en odio
contra mí, y creo negara
ser yo su hijo, si no fuera
tan público. Mi crianza
se encarga à Alberto tu padre,
que en mejor reyno descansa;
y en este tiempo naciste
tú, por lo quál en tu casa
como hermanos nos criamos
juntos, siendo en nuestra infancia
excesivo el amor que
nos tuvimos, pues contaban
no podian dividirnos,
ni aun con engaños, las ayas,
sin que antes no nos costase
muchas lágrimas amargas;
entonces tuvo principio
nuestra amistad::: Pero nada
esto importa, al caso voy:
mi tierna infancia pasada
llegué yà á la primavera
de la juventud lozana,
en ella á mostrar mis brios
empezé, y dí pruebas claras,

con mi valor, de la real
sangre ilustre que heredaba.
Pero siempre perseguido
fui de émulos, que intentaban
abatir mi heróyco aliento,
y quién mas se interesaba
en ello era el Rey mi padre,
quando por ganar su gracia
en los públicos festejos
sobresalir procuraba,
lo qual, à pesar de todos
mis opuestos, lo lograba;
y en lugar que estas acciones
tan dignas de heróyca fama
amor producir pudiesen
en el Rey, mas fomentaban
contra mí aborrecimientos,
siendo el motivo que amaba
mucho al Principe Guillermo,
y envidiaba mis hazañas
al mirar no habia alientos
en él para executarlas.
De uno, y otro creció tanto
la oposicion temeraria,
que qual si enemigo fuera
me aborrecian, tratando
derribarme; cierto dia
Guillermo, con demasiada
presuncion, me dió à entender,
en equívocas palabras,
el defecto que sin culpa
se ve en mí, yo con la espada
le respondí, y aunque quiso
dar à entender su arrogancia
en la defensa, no pudo
por lidiar yo con ventaja
de ser allí el ofendido,
herido cayó á mis plantas,
á mi parecer, de muerte,
y mirando me amenazan
mil peligros en Suecia,
ausentarme sin tardanza
dispuse secretamente
al Reyno de Dinamarca.
En efecto, sin que nadie,
mas que tú, á saber llegara
de mi fuga el paradero,
en brebe á pisar la raya
de Dinamárca llegué,
y por medio de una carta
de recomendacion tuya
amparo encontré en la casa
de un deudo tuyo: oculté
mi calidad, nombre, y patria,
y à tí, quando me escribias,
te rogue que lo ocultáras;
de esta manera en Suecia
brebemente corrió fama
que era muerto, pues de mì
ninguno noticias daba.
Supe, por tú aviso, que
de las heridas pasadas
(quando le juzgue ya muerto)
combaleciente se hallaba,
y aun casi sano, Guillermo,
y que, quando ya pensaban
algun tanto en mi favor
mirar la ira aplacada
del Rey mi padre, á pregones
(¡ay de mi, quien tal pensara!)
de lesa magestad reo
declararme luego manda.
Quién vió tanta ingratitud
de un padre! Quién no se pasma
de ver que á su misma hechura
solicite derribarla
siendo la causa tan poca!
Que en fin, con bastante causa
para no dañar al tronco
justo es se corten las ramas.
Dos años en aquel Reyno
habité, sin que llegara
ninguno á tener indicios
de quien era, y bien pensaba,
desconocido, dar fin
á mi vida en Dinamarca,
pero muy breve se vieron
mis intenciones fustradas.
Paseändome descuidado
un dia en el Parque estaba
(cosa que hize pocas veces)
quando oì que me llamaban
por mi nombre, volví al punto,
con sobresalto, la cara,
y vi á un hombre que de haberle
visto jamás me acordaba,
su trage era Sueco: de esto
saqué en consequencia clara
el peligro que corría
un secreto que importaba
nada menos que mi vida:
acometile con rabia,
echando mano al acero,
pero fue tal mi desgracia

que

que cobardemente huyó
de mi furor, que me matan,
iba á voces exclamando,
moviendo tanta algazara,
y ruido, que acudieron
del Parque todas las guardias
á prenderme: en un momento
me vi cercado de armas,
pero como ya á la muerte
perdí el miedo veces tantas,
tampoco la temi entonces,
y con furiosa arrogancia
acometí, pareciendo
toro, que acosado se halla,
con la espada abrì camino,
y sin que me lo estorvara
(bien que á su pesar) ninguno
del riesgo que amenazaba
mi vida escapé, aunque es cierto
que la noche me hizo espaldas,
á este tiempo pues su negro
manto á tender empezaba.
Ocultome Federico
tu deudo (serlo le basta
para ampararme que es sola
tu sangre la que me ampara)
por él supe, que informados
de quien era me buscaban
para prenderme pues todo
aquel Sueco lo declara
del Parque: este es un plebeyo
que casualmente se hallaba
en aquella Corre. Viendo
el riesgo que me amenaza
intenté volverme á Suecia,
pues aunque por temeraria
mi resolucion se juzgue
es cosa exprimentada
diversas veces, que un reo
mayor seguridad halla
donde cometiò el delito,
porque alli ninguno trata
de buscarle; mis intentos
te noticié, y que esperabas
me avisastes, en este sitio,
ya cumpliste esta palabra,
aora la de ampararme
resta ver desempeñada,
y á mí decir lo que intento:
en esa Quinta cercana,
que es tuya y que de la corte
se mira tan separada,
en trage humilde y pasando
de criado tuyo plaza;
intento habitar, Henrique,
lo que de vivir me falta.
Ya mi historia infeliz sabes,
y la situacion infausta
en que me hallo: mira aora
como podré confianza
tener de encontrar consuelo
en pena tan inhumana,
y si es justo que me quexe,
quando à tal dolor me arrastran
mis adversas desventuras,
que ya la vida me enfada,
solo la muerte apetezco,
no temo de su guadaña
los filos, pues tan penosa
vida, muerte es dilatada,
y en fin, ya que no se alivien,
tendrán fin tantas desgracias,
cesaràn mis infortunios,
mis fatalidades varias
todo cesará: este es
mi último remedio; á tanta
desesperacion me incita
el rigor con que me trata
mi estrella, y de aquesta suerte
su persecucion se acaba,
que ni desdichas, ni dichas
algunas mas allá pasan
de la muerte, porque en ella
todas se ven terminadas.

Henr. Ilustre Adolfo, aunque ya
de tu historia desgraciada
tengo noticia, me añade
dolor nuevo el escucharla.
No intento contradecirte
es tu suerte tan ingrata
que de perseguirte nunca
se cansa, jamas acaba,
y que tienes causa justa
para las quexas que exâlas,
pero intenté algun consuelo
darte en las penas tan raras,
y exquisitas que te cercan,
y aora conozco no hay nada
que le sirva de consuelo
á un triste y que quien le trata
de consolar mas le aflige.

Adolf. El consuelo de mis ansias
ha de ser, Henrique amigo,
el vivir en tu compañia

con quietud.

Henr. Aunque no hay tanto
regalo en estas montañ s
como en la Corte, á lo menos
aqui reyna en nuestras almas
la tranquilidad: quisiera,
para que tu te hospedaras,
fuese mi Quinta un Palacio
sumptuoso; pero las faltas
que haya suplirá el deseo.

Adolf. Imposible es satisfaga
yo tantas finezas, pero
en fin, ya que no pagarlas
pueda, sabré agradecerlas;
vamos á la Quinta.

Henr. Aguarda,
que me faltaba decirte
como oy sale el Rey á caza
á este Monte, y me avisó
que en la Quinta le esperára
para salir desde allí
á la diversion.

Adol. Oh! quanta
mi desdicha es! Al primer
paso ya tropiezos se hallan.

Henr. No temas nada; por entre
aquellas espesas matas
hay una senda que es solo
de los Pastores pisada,
y à mi Quinta vá á parar,
esta es de la puerta falsa
la llave, por ella puedes
entrar, luego en una Sala
que está en la Huerta y de nadie
es por aora habitada,
oculto estarás, en tanto
que tu padre el Rey se vaya,
y por si acaso, tendràs
tambien la puerta cerrada
de aquella sala por dentro;
toma la llave: con maña

Dale una llave.

dispuesto lo tuve todo:
no pongas, no, repugnancia.
Yo por esotro camino
voy, con presurosa marcha,
à disponer en la Quinta
recibir á mi Monarca,
porque el ser yo fiel contigo
de ser leal no me separa
con mi Rey.

Adol. Cada vez mas
me obligas, y á un tiempo ensalzas
tu virtud.

Henr. No te detengas,
pues tu persona arriesgada
está con la detencion;
y quiera la piedad sacra
del Cielo...

Adol. Permitan todas
las piedades soberanas...

Henr. Que mis deseos se cumplan...

Adol. Que ceda la suerte airada
su rigor...

Henr. Porque tu heróyco
valor desta opresion salga.

Adol. Para que lealtad tan fina
procure recompensarla.

Los dos. Y por que término tengan
tantos sustos, penas, y ansias.

Vase Henrique por la izquierda y al entrarse Adolfo por entre unos ramos que habrá á la derecha, oye dentro ruido, y se detiene.

Adol. Cielos, otro nuevo susto!
No son las que oigo pisadas
de Caballos? Si, cierto es.
No quisiera me alcanzaran
á ver, por si me conocen;
pero oculto mientras pasan
pienso estar entre estos ramos.

Se vá á ocultar, y dice dentro Roxerio.

Rox. Lleva á esa Quinta cercana
los Caballos, Alexandro.

Adol. Parece (si no me engaña
la vista) se apean, y ácia este
sitio vienen dos: á cada
paso encuentro un sobresalto.
Pero, los Cielos me valgan!
No es mi hermano? Si, y Roxerio
es este que le acompaña,
ya llegan: la primer vez
es que le niego la cara.

Se acaba de ocultar, y salen Guillermo, y Roxerio de caza.

Guill. Temeroso estoy, Roxerio,
de que nuestra proyectada
accion no se logre.

Rox.

Rox. No temas,
que todo con maña se consigue.
Guill. Tienes ya
prevenida la emboscada?
Rox. Si, dos hombres de valor,
y diestros en todas armas
muerte le han de dar al Rey,
ellos solamente bastan,
supuesto que quiere hoy,
antes de entrar en la caza,
pasearse por entre el bosque
solo, sin ningunas guardias,
porque quiere gozar la
frescura de la mañana.
Guill. Dias hace que diversas
melancolias le asaltan,
y estas mismas ocasionan
el ceño con que me trata,
pues siendo antes el objeto
de su cariño hoy le enfada
quanto executo, y tan solo
para reprenderme me habla.
Rox. Por eso te aconsejé
le dieses muerte, que cansa
de la decrepitud mucho
la reprehension, y mas para
quien se mira, como tu,
de reynar con esperanza.
Guill. Es verdad pero reparo
que es mi Padre, y quando trata
mi ambicion un atentado
tan horroroso desmaya
todo mi valor.
Rox. Si en esas
consideraciones paras,
por cobarde perderas
lo que valiente ganaras.
Guill. No te quiero replicar:
y pues ya la suerte hechada
tenemos, muera mi Padre,
pues de forma me arrebata
el deseo de reynar,
que no sé si mi venganza,
ó el deseo da fomento
á mis maximas tiranas
Rox. Despues lograré las mias (*ap.*
si la fortuna me ampara.
Guill. En que sitio les mandaste
quedar para que esperaran
al Rey?
Rox. Cerca de aquí están
entre unas espesas ramas
escondidos.
Guill. Y si acaso
por aquel sitio no pasa
fustrada nuestra accion queda.
Rox. No, no quedarà fustrada:
bien sé yo que por allí
ha de pasar, que en las agrias
asperezas de estos montes
pocos caminos se hallan,
y este es el menos fragoso.
Guill. Sabes que no le acompaña
nadie?
Rox. Sé que ha dado orden
que llegando à la distancia
de dos millas de la Quinta
de Henrique (á quien hoy aclaman
muerto su padre, por Duque
de Ostrogotia) la guardia,
y toda la comitiva
se adelantase, por causa
de que á solas divertir
quiere sus tristezas raras.
Guill. No sé que temor, Roxerio,
en mi corazon batalla,
no me cabe en todo el pecho.
Rox. Esa inquietud sosegada
se verá presto, que como
á emprender acciones arduas
empiezas, en la primera
mil dificultades hallas.
Guill. Por tu consejo emprendí
aquesta empresa, y fiada
solo de tu arbitrio está.
Rox. Me veras desempeñarla
por mi parte, pero luego;
para que perfeccionada
se vea, de tu poder
y amparo fuerza es me valga.
Guill. Lógrese esta accion que luego
ningun miedo me acobarda;
muerto el Rey mi padre heredo
la diadema soberana
de Suecia, en mi poder
tu proteccion se afianza,
luego, si al Rey de tu parte
tienes, que te sobresalta?
Rox. Si piensas que en mi valor
cabe la ilusion mas vana
de temor, fuerza es me quexe
que de cobarde me tratas:
yo solamente te advierto
que en estos lances no falta

quien sospeche, y tu poder
solo á desmentirlos basta.
Guill. Todo tendrá efecto, ahora
vamos á la Quinta, no haga
nuestra detencion motivo
de que principien osadas
presunciones à inventar
sospechas.
Rox. Aunque á inventarlas
se atrevan, nunca podran
hallarse certificadas.
Guill. Con todo, partir al punto
es fuerza, supuesto manda
el Rey que en la Quinta toda
la real familia aguardara:
sigueme, pues. *vase.*
Rox. Ya te sigo.
Despues que esté executada
la muerte del Rey, la tuya',
Principe, está muy cercana,
de este modo será fuerza
ver mis sienes coronadas,
por ser deudo en quien mas cerca
la sangre real se esmalta,
que no es la primer corona
con trayciones grangeada.
Vase, y sale Adolfo de donde se escondió.
Adol. Valgame Dios! es posible
tal traicion, maldad tan rara!
Solo porque le reprehende
el Rey á mi hermano agravia
tanto, que á su muerte aspira!
Pero, segun veo, no hay tanta
culpa en él, como en Roxerio,
él es quien fomenta, y traza
esta perversa traycion.
Oh! quan ciegas, y engañadas
van sus máximas!
Sale Claudio de Villano.
Claud. Buscando
hace ya dos horas largas,
que ando à mi amo, y no le en-
donde iria esta mañana, (cuentro
que tan temprano se fue?
Adol. No fue acaso que me hallara,
al conferir sus intentos,
presente, la suma, y alta
providencia lo dispuso
asì, para que estorvara
mi valor su ciego arrojo.
Clau. El sin duda se fue á casa
por otra parte.
Adol. Conozca
mi padre quanto se engaña
en aborrecerme, y vea
al que amó como le paga.
Clau. Yo me voy, pues no le encuen- (tro
y harto estoy de andar: mal haya
quien::: Pero allí un peregrino
está, cosa es acertada
preguntarle si le ha visto
Ha, buen amigo?
Adol. Esta vanda
cubrirà el rostro, por si
me puede importar; ya el alma
desea la execucion
para mirar castigada
su alevosía
Clau. El es sordo:
Ha camarada? No hay trazas
de responder.

Dentro ruido de cuchilladas.

Rey. Contra vuestro
Rey osais tomar las armas,
traydores?
Adol. La voz es esta
del Rey, qué espero?
Vase sacando la espada.
Clau. Con braba
gente he dado! Por San Pierres
que andan allí á cuchilladas;
no quisiera que me hicieran
entrar hoy en esta danza
por fuerza.
Dent. Adol. Cobrad aliento,
Señor, puesto que os ampara
mi esfuerzo.
Clau. Mucho se acercan;
y gran miedo me acompaña
de que el polvo me sacudan:
buen remedio, entre estas ramas
me agazapo, por si acaso
Dent. uno. Huyamos, que á su arro-
no hay resistencia. (gancia
Claud. Ya llegan,
al escondite.
Escóndese, y salen dos Monteros, cubiertos los rostros con gasas, retirándose de Adolfo, el que traera una vanda.
Adol. Canalla

vil, os he de hacer pedazos.
1... Muerto soy. *cae.*
2... Los pies me valgan
pues la defensa es inutil.
Vase huyendo.
Adol. Espera, cobarde, aguarda.

Sale el Rey, con la espada desnuda.

Rey. Dexadle, que ya alcanzarle
no es posible: ahora la vanda
apartad del rostro, y sepa
yo á quién debo tan hidalga
fineza, que á no haber sido
por el valor de esa espada,
mi vida aquí feneciera.
Adol. Perdonadme que no haga
lo que mandais: el cubrir
el rostro me es de importancia
á mí, y el llegar á verlo
á vos no os importa nada.
Recibid el beneficio,
que en recompensa me basta
á mí que lo agradezcais,
y no extrañeis que la cara
os niegue, por ser tan grande
el rigor de mi desgracia,
que à saber quién soy, quizá
esta accion se aparentara
por delito, quando ahora
os parece tan honrada.
Lo que advierto es, os guardeis
de quien mas os acompaña,
el que mas amais intenta
mataros con mano osada;
vivid alerta, que á quien
mas quereis, mas mal os paga.

Al entrar se encuentra con Claudio.

Quien va?
Clau. Yo, señor, ni voy
ni vengo.
Adol. Villano, aparta. *pegale y vase.*
Clau. Ay mi cabeza!
Rey. Qué es eso?
Clau. Que ha de ser? que este hombre mata
las liendres á mogicones.
Rey. Que hacias allí oculto?
Clau. Mala *ap.*
pregunta es: cata que ahora
piensan que tambien yo estaba
riñendo.
Rey. No respondeis?
Clau. Yo señor (si es que se habla
la verdad) criado soy
del Duque, y por aquí andaba
buscándole, quando oí
un grande ruido de espadas,
temí no me repartiesen
algun golpe, entre estas matas
me oculté, y por mi fortuna
vino á dar donde yo estaba
este hombre, ó diablo, que tan
recios mogicones casca.
Rey. En este hombre no se arguye *ap.*
malicia, supuesto habla
con tanta sinceridad.
Clau. Y pues su merced se halla
satisfecho à la pregunta
que hizo, con licencia.
Rey. Aguarda
que yo tambien à la Quinta
voy del Duque, en mi compañia
iras.
Clau. No hay inconveniente.
Rey. Cielos, quien será el que trata *ap.*
de darme muerte! Podrá
ser cierto lo que declara
mi defensor! A quien mas
estimas, mas mal os paga,
pronunció! Confuso estoy!
Quiero ver (por si se aclaran
mis dudas) si este cadaver
conozco: puesta una gasa

Examina al Montero, y le quita la gasa.

tiene al rostro.
Clau. Que irá á hacerle
al muerto?
Rey. Desfiguradas
las facciones están todas,
mas yo conozco esta cara.
Clau. Que atentamente le mira!
Parece que le retrata.
Rey. No es este un Montero mio *ap.*
à quién por valiente aclama
todo mi Reyno? Sí, él es:
poco à poco se declara
aquel aviso por cierto.
Clau. Señor, yo á mi amo hago falta,
y vos estais muy despacio;

me

me voy.
Rey. Oye dos palabras
primero: si todo quanto
has visto aquí, no lo callas
la vida te ha de costar,
y si el secreto me guardas
yo te premiaré.
Clau. Esta es otra! *ap.*
Quando deseando estaba
ir á casa por contarlo
ahora callar me manda!
Rey. Que dices?
Clau. Que lo harè asi
lo que su merced me encarga.
Rey. Pues vaya, guia à la Quinta.
Clau. Que cara tan enojada *ap.*
tiene! No, no hablaré yo
ni una palabra: caramba,
si lo supiera! Al instante
los livianos me sacaba.
Señor, venid tras de mí,
que de aquí allà poco falta. *Vase.*
Rey. Con gran cautela es preciso
exâminar lo que pasa:
busque camino el ingenio
para inquir de esta infamia
quién es el perverso autor,
y en inquiriendole arda,
con tan voraces impulsos,
el fuego de mi venganza,
que sea, exemplar de Suecia,
y las naciones extrañas,
escarmiento de traydores,
de leales enseñanza:
porque asì de justiciero
me dé renombre la fama,
pues no es buen Rey el que dexa
maldades sin castigarlas.

ACTO SEGUNDO.

Selva, y al lado izquierdo una puerta, sale por ella Henrique, y por la derecha Guillermo, y Roxerio.

Henr. Enhorabuena, tu Alteza
hoy llegue, Principe excelso,
à honrar, con su real presencia
estos ásperos desiertos;
y en premio de la alegria
que ha causado en nuestros pechos
tu venida, logre yo
ser quien consiga primero
la honra de besar tu mano.
Guill. Levanta, Henrique, del suelo,
llega á mis brazos.
Henr. A tantas
horas no podrá mi afecto,
para haber de agradecerlas,
hallar, Principe, conceptos.
Guill. Tu lealtad asciende á mas
sublimes merecimientos.
Henr. Con mucho agrado me trata
ahora el Principe Guillermo: *ap.*
no sé qual será el motivo,
quando siempre con despego,
hasta ahora, me ha tratado.
Guill. Atraer à Henrique pienso *ap.*
para que esté de mi parte,
por si se mueve en el reyno
alguna revolucion.
Henr. Pero como (quando veo
toda la real comitiva
llegar) no ha llegado nuestro
Rey todavia?
Guill. Mandó
que en tu Quinta le esperemos
para salir luego á caza,
y á solas entre lo espeso
del bosque fué á pasearse.
Henr. Idea extraña fue por cierto.
Rox. Tan melancolico, y triste,
ha muchos dias, le vemos,
que está la Corte confusa,
por no saber el efecto
de que procede esta causa
Henr. En un Monarca tan cuerdo
no es extraño verle triste,
quando pendiente el gobierno
de la república està
de su arbitrio, y del acierto
pende su conservacion:
con solo estos pensamientos
para melancolizarse
basta.
Guill. Si en él fuera nuevo
el Reynar, no dudarìa
fuese lo que dices cierto,
pero quando en paz, y en guerra
ha gobernado este Imperio
tan cuerdamente, que nadie
le ha advertido el menor yerro,
mal pudiera entristecerle

 aho-

ahora ese pensamiento,
y mas estando Suecia
en pacifico sosiego.

Henr. A veces los Reyes tienen
sus sentimientos secretos,
y suelen trabajar mas
en aquietar solo un Pueblo
de su Reyno, con sigilo,
que en conquistar otro Reyno.

Rox. Señor, un hombre ha llegado
al pie de aquel verde fresno
á caballo.

Guill. Quién será?

Henr. Ya se desmonta ligero,
y el caballo atado al tronco
dexar intenta.

Rox. Aunque lexos
está para conocerle,
me parece es Amadeo.

Henr. El nos desengañarà
dentro de poco, supuesto
que viene ya presuroso
acia este sitio.

Guill. Roxério,
no te engañaste, ya miro
que Amadeo es, y contemplo
algun negocio importante
en su venida.

Rox. A lo menos,
fuerza es sea novedad.

Henr. Sobresaltado me veo, *ap.*
hasta no saber si Adolfo
llegó sin tener tropiezo.

Guill. Confuso, hasta no saber. *ap.*
si ha tenido buen suceso
mi proyectada traycion,
me hallo.

Rox. Ya llega Amadeo.

Sale Amadeo, Capitan de Guardia con botas.

Amad. Dame, Principe, à besar
tu real mano.

Guill. Alza, y dí luego
que novedad traes.

Amad. Mi Rey,
y Señor (que guarde el Cielo)
donde esta?

Guill. Substituido
estoy ahora en su puesto.

Amad. Pues que se halla enfermo aca- (so?

Guill. No; pero está ausente, y debo
suplir la falta en su ausencia.

Amad. En caso urgente, no niego
debes suplirla, mas en
el presente no hay, Guillermo,
precision para suplirla.

Guill. Pues como, atrevido, y necio,
así me hablas?

Amad. No te alteres,
Señor, que aunque à tu respeto
el de mi Rey antepongo,
deberás agradecerlo,
en lugar de reprehenderme;
pero en fin, porque ahorremos
discursos, de Dinamarca,
de llegar ahora este pliego
acaba, á su Magestad *Sacalé.*
se dirige, y el correo
que le traxo me encargó
importaba que al momento
se le entregase, y así
vine en persona á traerlo,
como Capitan de Guardia
que soy: ya ves no te ofendo,
Principe, con haberte
prevenido, no hay en esto
nada en que intervenir pueda
tu poder.

Guill. Viven los Cielos
que es ultrajar mi decoro
ese modo tan grosero
de pensar: yo intervenir
en qualquier negocio puedo
de mi padre, y castigar
en tí tanto atrevimiento.
Efecto tendrá despues
todo, ahora dame el pliego
que traes.

Amad. Eso no, mi honor
y obligacion es primero,
si con él cumplo, y con ella,
es inviolable decreto
no entregar el pliego à nadie,
sino à mi Rey, à quien tengo
el encargo de traherle.

Guill. Ya no puede el sufrimiento
llegar á mas, si entregarle
no quieres, à mis pies muerto
has de quedar. *Saca la espada.*

Amad. Señor, mira
los que haces.

Guill. Con lo que debo

no cumplo sin tu castigo.
Amad. Por ser leal no lo merezco.
Guill. Aun reusas entregarle?
Amad. Daré la vida, primero
que entragarle à quien no sea
mi Rey.
Guill. Yo soy Rey, y dueño
de Suecia.
Henr. Señor el Rey
llega.
Guill. Qué dices? Un yelo
me cubre!

Salen el Rey, y Claudio.

Rey. Qué ruido es este?
Como tu tan descompuesto,
Guillermo? A quién le decias
que eres de Suecia dueño?
Rox. Perdido soy. *ap.*
Rey. No respondes?
Guill. Apenas á hablar acierto. *ap.*
Clau. Qué grande respeto tienen *ap.*
á este Señor con quien vengo!
Guill. Amadeo, Señor, viene
ahora de la Corte, á efecto
de traher á tu Magestad
un pliego, yo con intento
de entregártelo, rogue
me le diese, él desatento,
y atrevido, no tan solo
no condescendió à mi ruego,
sino à ultrajar se atrevió
mi autoridad, proponiendo
à nadie obedecer debe
sino à tí, dixe á este tiempo
que en tu ausencia dueño soy
de Suecia oíste los ecos
de mi voz quando llegabas;
esto es lo que pasó, y si esto
merece en mí algun castigo
por ser::
Rey. Suspende el acento,
y dime, porque sacaste,
ó contra quien, el acero?
Guill. De la cólera irritado
contra él::-
Rey. Fue muy mal hecho,
te parece que es motivo
este, para que el acero
sacase contra un vasallo
su Príncipe? Pero creo
está muy abandonado
hoy en todos mi respeto.
Henr. Qué enojado el Rey está *ap.*
Clau. Este es el Rey sino entiendo
yo mal.
Rey. El pliego me dad,
Capitan.
Amad. Señor, si yerro *dale el pliego.*
hubo en mí perdon os pido,
pues me induxo á cometerlo
el deseo de querer
dar exacto cumplimiento
á mi diligencia.
Rey. Vos *lee para sí.*
obrasteis bien, Amadeo.
Rox. Si mi accion ya proyectada *ap.*
acaso se ha descubierto
peligro mi vida corre
y otro remedio no encuentro
mas que la fuga en tal caso.
Guill. Confuso mi pensamiento *ap.*
entre mil dudas batalla.
Clau. Parecen santos de yeso *ap.*
todos, segun se han quedado
elevados, y suspensos.
Rey. Cielos, otro nuevo susto!
Quando imaginé ya muerto
á Adolfo, de Dinamarca
me avisan que en aquel Reyno
le han visto; Ah! como no dexa
de estarme siempre royendo
de mi conciencia el gusano
por lo mal que obré!
Henr. Suspenso *ap.*
con el pliego se ha quedado
el Rey.
Rey. Que puedan à un tiempo *ap.*
asaltarme tantas penas!
Guill. Qué dices de esto Roxerio

Aparte á Roxerio.

Rox. Que absorto estoy, sin saber
lo que pasa.
Rey. Yo pretendo *ap.*
aconsejarme de Henrique,
pues aquí ninguno encuentro,
de quien hoy pueda fiar
este importante secreto,
mas que en su prudencia, y leal
proceder. Entrad adentro
todos, y solo aquí quede
Henrique.

Van-

Vanse todo, menos el Rey y Henrique.

Henr. O Dios! mil recelos *ap.*
me afligen: que querrá ahora
el Rey! Algun mal me temo.

Rey. Antes, Henrique, que en otra
cosa te hable, oye este Pliego
con atencion, pues se funda
en él quanto hablarte intento:

Lee. El Infante bastardo de Suecia, llamado Adolfo, no es muerto (como se corrió voz) pues un Sueco que se halla en esta Corte ha declarado le vió dias pasados en el Parque, y dice, le quiso dar muerte Adolfo, pero la escusó huyendo; lo mismo afirman las Guardias del Parque y gentes que allí se hallaron; de entre las quales se huyó, y habiendo hecho diligencias en la Corte, y por todo el Reyno, para buscarle han sido vanas que no se ha vuelto á saber de él la mas leve noticia, por esto se presume quizá se habrá vuelto á Suecia.

Esto sabes ya, ahora escucha
lo demas.

Henr. No en vano temo: *ap.*
sin duda alguna ha sabido
que al Infante oculto tengo,
pero, por si, ó no, es forzoso
precaber. Señor, ya atiendo.

Rey. Ya sabras que esta mañana
en lo frondoso, y desierto
de este bosque, quise á solas
divertir mis pensamientos,
por lo qual, embie delante
los criados y monteros,
y toda mi real familia.

Henr. Ya Señor, lo se, Roxerio,
y el Principe (que Dios guarde)
me lo noticiaron. Creo *ap.*
que es de lo que yo imagino,
lo que habla el Rey muy diverso.

Rey. Efectivamente, estuve
divertido entre lo espeso
de sus ramas, en quien Mayo
produxo verdores nuevos,
y quando à retirarme iba
por una senda, siguiendo
el camino de tu Quinta,
salir de entre el monte veo
dos hombres, traian la espada
desnuda, el rostro cubierto,
y apenas me divisaron,
sin detenerse, embistieron
conmigo: viendo el peligro
traté defenderme, pero
fuera inutil la defensa
sino me amparase el Cielo.

Sale Clau. Señor, Señor.

Henr. Que traes, Claudio?

Clau. Que allá dentro estan riñendo
estos Señores que entraron.

Rey. Nuevos azares encuentro
á cada paso.

Henr. Forzoso es el ir á contenerlos.

Rey. Vamos, Henrique. *vas.*

Henr. Confuso estoy. *vas.*

Clau. Si bien lo contemplo,
las cosas que aqui suceden
se parecen á los cuentos
que las viejas contar suelen
en las noches del Invierno.

Sale Adolfo, por la derecha recatandose.

Adolf. Aunque sé es temeridad
la accion à que me resuelvo,
ya determinado estoy:
si mi padre justiciero
me persigue, humilde yo
defender su vida pienso.
Alli diviso un villano,
por él inquirir pretendo
si Henrique se halla en la Quinta.
Villano?

Clau. Quién llama? Pero,
hay Dios, que este es el que pegab

Adolf. No des voces, pues no intento
hacerte algun daño; dime
está ahora el Duque dentro
de la Quinta?

Clau. Si señor,
con el Rey entró ahora mesmo
à meter en paz, porque
reñian ciertos Caballeros.

Adol. Aquí reñian?

Claud. Si señor.

Adol. Sabes quien?

Clau. Uno Asmodeo se llama.

Adolf. Amadeo dirás:
sabes por qué reñian?
Clau. Cierto no lo se, pero si usted
quiere, iré al punto á saberlo.
Por escapar lo hago. *ap.* (ro
Adol. Nada importa eso, lo que quie-
suplicarte ahora es, que al Duque
le digas que un Forastero
à la puerta de la Quinta
le espera; pero te advierto
que en secreto se lo digas.
Clau. Eso lo haré yo corriendo,
descuide Usted.
Adol. Aguarda que
gente viene, y si en efecto
el Duque es, de entrar escusas.
Clau. Dios quiera me dexe presto
ir de aqui *ap.*
Adol. En grande peligro *ap.*
me hallo, pero nada temo,
porque à quedar perdonado
ó à morir estoy resuelto.

Salen Guillermo, y Roxerio.

Guill. Muy enojado está el Rey;
yo estoy, Roxerio, temiendo
ha de estar ya descubierta
nuestra traycion.
Rox. Aqui presos
nos mandó quedar, á mí,
y al Capitan Amadeo,
por la contienda, y disgusto
que tuvimos.
Guill. Siempre opuesto
fue Amadeo contra mí,
pero si logro mi intento
yo haré que él con otros muchos
teman el ser mis opuestos.
Clau. Voy à avisar à mi amo,
porque no es ninguno de estos
que aqui vienen. Ya escapé *ap. va.*
Adol. O Dios! Mi hermano y Roxerio
son estos: que haré!
Rox. Allí está un peregrino extrangero,
segun el trage.
Adol. Ocultarme *ap.*
de su vista ya no puedo,
porque en mí han hecho reparo.
Guill. Roxerio, á hablarle lleguemos,
y sepamos á que viene por este sitio.
Adol. Sospecho *ap.*
que á hablarme vienen: muy grande
susto, al conocerme, pienso
ocasionarles.

Estará Adolfo de espaldas, al llamarle Roxerio vuelve la cara, y los dos se sorprehenden.

Rox. Oid Peregrino::: Mas que veo!
Guill. Valgame Dios! No es Adolfo
Adol. Sí, Adolfo soy, sí, Guillermo,
yo soy tu hermano, que acaso
reserva mi vida el Cielo
para castigar en tí
atrevidos desaciertos,
y viles trayciones de
ese tu infiel consejero.
Guill. Que en fin fue falsa la voz
que se corrió de que muerto habias?
Adol. Si me ves vivo
en preguntarlo eres necio.
Guill. Pues cómo, quando debias
venir humilde sobervio
hoy vienes contra mi vida
amenazas profiriendo?
Qué desaciertos en mì
observas? Mas te contemplo
loco, que esas expresiones
no son de quien juicio entero tiene.
Adol. Aun no te has olvidado
de tratarme con desprecio?
Guill. De semejantes locuras
ningun aprecio hacer puedo.
Rox. Lo que hacer debes es dar
castigo á este atrevimiento,
y á no estár en tu presencia,
el agravio que hoy ha hecho
á mi crédito en llamarme
traydor, é infiel consejero,
con la espada vengaria.
Adol. Es muy cobarde tu acero
para competir al mio;
no obstante, si formas duelo
en lo que he hablado, yo siempre
lo que propuse defiendo;
pero bien sabes que hablo
la verdad, hoy vuestro intento
ha sido dar muerte al Rey.
á esta traycion dió fomento
de Guillermo la imprudencia,
y tus perversos consejos:
todo lo sé, no os admire,

é

é importò tanto el saberlo
yo, que à mi padre di vida,
y la muerte à uno de aquellos
que embiasteis para matarle,
el otro la escusó huyendo.
Veis aquí os hago patentes
vuestros infames proyectos,
bien contempláis van errados,
si pretendeis que esos yerros
se doren, no prosigais
tan depravados intentos,
sin temer que à publicarse
jamas llegue este secreto,
en mi pecho sepultado
quedarà: pero si advierto
seguis vuestras intenciones,
inadvertidos y ciegos,
á mi cargo ha de tomarse
el castigo, que en efecto
asciende á mas mi poder
del que imaginais, pues tengo
á la razon de mi parte.

Guill. Bien pensarás que yo temo
esas vanas amenazas,
pero estoy de eso tan lexos
que antes que á temor, á risa
me mueven tus desafueros.
No he de negarte que al Rey
quise dar muerte, es muy cierto,
mas tambien es evidente
tengo razon para hacerlo,
y en fin, tengala, ò no, nada
te importa á tí, suponiendo
que aquí aparentas lealtades
y eres traidor encubierto.
Si de mi padre alcanzaste
perdon porque de aquel riesgo
le libraste, y à su gracia
(que es muy dificil) has vuelto,
presto haré yo:::

Adol. No adelante
pases, oyeme primero.
De la muerte al Rey mi padre
libré, pero conociendo
mi poca dicha, y grande
peligro á que estaba expuesto,
mientras reñì tuve siempre
con una vanda cubierto
el rostro, y aunque despues,
para darme justo premio,
me rogò le descubriese
tuve por bien el perderlo
por no descubrirme; mira
de mi desdicha lo extremo
donde llega, pues temí
desmerecer descubierto
quanto oculto merecì,
y advierte tambien, quan lexos
estoy de adquirir la gracia
del Rey, como tú has propuesto,
quando de que yo la vida
le dí, se halla tan ageno
que piensa (segun la voz
se divulgó) soy ya muerto. (*ap.*

Guill. Si es verdad que el Rey ignora
soy yo de esta traycion dueño,
ya es menor mi riesgo. Adolfo
aunque era justo, no quiero
vengar ahora en tu vida
las injurias que me has hecho,
yo las perdono, con tal
de que en perpetuo silencio
quede la aleve traycion
mia, pues ya me arrepiento
aun de haberla imaginado.

Adol. Si, Guillermo, yo lo ofrezco
que bien sé no tienes culpa
tu de emprehender este yerro.

Hace señas Roxerio á Guillermo que quiere coger por las espaldas á Adolfo.

Rox. Ahora que está divertido *ap.*
era la ocasion: Guillermo
no me ha entendido.

Adol. El culpable
fue, hermano quien un consejo
profirió tan detestable.

Guill. Bien ha pensado, Roxerio. *ap.*
quitemos este enemigo de la vista.

Dice por señas que sí con disimulo.

Adol. Aunque no niego
tengas alguna razon, no llega:::

Asele Roxerio por las espaldas, y Guillermo le quita la espada.

Pero que es esto!
Traidores:::

Guill. Veamos ahora
si ese poder que has propuesto

te vale, para escapar
de las iras de mi acero.
Adol. Vive el Cielo::: *forcejea.*
Rox. No es posible lo que intentas.
Guill. Al Rey preso
te hemos de entregar, que estás
de lesa magestad reo,
por su orden, á pregones
declarado en todo el Reyno,
que es cobardia matarte
aquí, y para que escarmiento
des en un cadahalso á quantos
favorecen tus intentos.
Adol. Haz quanto quisieres que
para todo valor tengo.
Rox. No es mejor darle la muerte
ahora que ocasion tenemos,
sin exponerse á quedar
burlados, si descubiertos
nuestros proyectos están?
Guill. Bien dices. *Saca la espada.*
Adol. Valgame el Cielo,
y mi esfuerzo en este lance.

Forcejea fuertemente, y se desase.

Guill. Huyamos.
Rox. Absorto quedo
de ver tal valor. *Vase huyendo.*
Adol. Cobardes,
un hombre solo os dá miedo
sin armas? Pero haceis bien,
que á impulsos de mi ardimiento
fuerais inutil despojo.
A seguirlos no me atrevo
dentro de la Quinta, que es
exponerme á un nuevo riesgo;
ahora por la puerta falsa
pienso entrar, porque me temo
den aviso, y á buscarme
salgan de orden de Guillermo.
Por bien empleado diera
el morir, porque con eso
cesará tanto tropel
de desdichas, pero demos
tiempo al tiempo, que algun dia
podrá ser venga otro tiempo.

Vase por donde salió: Salon corto y salen el Rey y Henrique.

Henr. Admirado, gran Señor,
estoy de oir tal suceso,
y á no asegurarlo vos
me era imposible creerlo,
que cupiese tal maldad
en la lealtad de este Reyno.
Rey. Henrique, lo que en mayor
duda, y confusion me ha puesto,
fue la expresion de aquel hombre,
á cuyo gallardo esfuerzo
debo la vida, pues dixo
que quien mas estimo y quiero,
darme la muerte desea.
Henr. Posible es que conocerlo
no pudisteis en el trage,
aun quando el rostro cubierto
tubiese?
Rey. Su trage era
de peregrino extrangero.
Henr. Adolfo, sino me engaño, *ap.*
ha sido de esta accion dueño;
ya de que el perdon consiga
tengo esperanza.
Rey. Dexemos
esto aparte por ahora,
y hablemos de lo que el pliego
me avisa: no podrá ser
haya ésta traycion dispuesto
Adolfo contra mi vida?
Henr. Si he de decir lo que siento,
Señor, no cabe en Adolfo
maldad, y arrojo tan fiero,
su ilustre virtud no da
lugar á poder creerlo;
fuera de eso, vos decís
conocisteis al que muerto
quedó allí de los traydores,
el qual era criado vuestro,
luego es consecuencia clara
que el Infante se halla de esto
inocente, habiendo estado
desterrado de este Reyno
dos años, y se acredita
ser quien fomentó este exceso
individuo de Palacio.
Rey. Dices bien, mas no sabemos
si acaso él secretamente
tuvo algun contrato.
Henr. Eso no es verosimil, porque
tan depravados intentos,
muy despacio se han tratado,
no por cartas.
Rey. Te confieso

que á cada paso mas dudas
agitan mi entendimiento,
pues no sé de quien me deba
guardar, quando sé de cierto
corre peligro mi vida.
Henr. Gran Señor, yo no sospecho
que Adolfo de esta traycion
pueda ser el instrumento.
Rey. Está bien. Ahora, Henrique,
de tu prudencia pretendo
valerme, y en este caso
he de tomar tu consejo.
Como podré, sin faltar
al antiguo real decreto
que promulgué contra Adolfo,
indultarle ahora?
Henr. Ya el Cielo, *ap.*
para salvar su inocencia,
vá facilitando medios.
Si vos queréis perdonarle
quién lo ha de impedir?
Rey. No niego
quan apasionado estuve
al ver herido á Guillermo,
pero el sentenciarlo á muerte
que fue gran rigor contemplo
en mí, siendo padre,
Henr. Ya me parece ha satisfecho
su delito con dos años
fugitivo en un destierro.
Rey. Pero cómo mi real orden
se ha de revocar? Por reo
ya de lesa magestad
le declaré, ya no puedo,
sin faltar á mi palabra
perdonarle.
Henr. Un Rey excelso
quita leyes quando quiere,
y las pone, luego es cierto
que mas bien podrá poner,
ó quitar qualquier decreto.
Rey. Ah! Que mal sosiega quien *ap.*
ha conocido sus yerros,
y no puede aunque quisiera,
darles perfecto remedio!
Yo, Henrique, quiero que vayas
conmigo á la Corte, á efecto
de que allí los dos despacio
este negocio tratemos;
que es forzoso con cordura
mirarlo. *Henr.* Solo deseo,
Señor, tener ocasion
de serviros, aunque siento
dexar mi Quinta, que estoy
bien hallado en los desiertos.
Rey. Pues ahora fuerza es los dexes,
ya determinado tengo
mudes tu casa á la Corte,
para que de Consejero
me sirvas de aquí adelante.
Henr. Aunque esa honra no merezco,
si vos lo mandais, yo solo
de obediente, y leal me precio
Rey. Ahora llama al Capitan
Amadeo, porque quiero
saber que question fue
la que tuvo con Roxerio.
Henr. A la entrada de ésta sala
quedó, por mandato vuestro,
porque nadie entrase: voy
á serviros. *vase.*
Rey. Es muy cierto
que al que cometió un delito
siempre le está remordiendo
su conciencia: esta verdad
bien en mí la experimento,
que en mi pecho de quietud
un instante no poseo.

Salen Henrique, y Amadeo.

Ama. Señor, que me ordena vuestra
Magestad?
Rey. Di, con Roxerio
porque fue aquella question?
Ama. Fue porque altivo, y soberbio
me ultrajó, sin mas motivo
que haber negado aquel pliego
al Principe: me propuso
no era digno del empleo
que poseo, y añadió
pudiera ser que muy presto
desposeído me viera
de el: yo colérico y ciego
de adulador, y envidioso
le traté, mano al acero
puse, y á no haber llegado
vuestra Magestad, entiendo
tan breve no se apagara
la llama de aquel incendio.
Esta es la verdad, Señor.
Rey. No se que colija de esto *ap.*
lo exâminaré. Llamad à Roxerio.
Henr. Señor, creo,

sino

sino me engaño, que entra
con el Principe Guillermo
presuroso aquí

Salen Guillermo y Roxerio.

Guill. Señor,
Sabed que en este momento
á Adolfo mi hermano he visto.

Rey. Que dices?

Guill. Aquí encubierto
llegó, estando yo á la puerta
de la Quinta, y sus intentos,
segun muestran las acciones,
por traidores los contemplo:
echando mano à la espada
vino à mí, pero á este tiempo
Roxerio por las espaldas
le asió, quitésela, y luego
traerle quise á tu presencia,
mas á un descuido pequeño
ocasion tuvo de huir,
si con presteza á cogerlo
acudimos á caballo,
es muy fácil lo logremos.

Rey. Henrique, ve por un lado
tu, que yo con Amadeo
iré por otro á buscarle

Guill. Vos, Señor? Pues no podemos
ir nosotros?

Rey. Tu irás donde
yo mande; en este aposento,
Roxerio; hasta que yo vuelva
me espera.

Rox. Otro susto nuevo es este. *ap.*
Lo que ordenais haré.

Dent. Clau. Ladrones.

Rey. Que es esto?
Quien da esas voces?

Dent. Clau. Ladrones: que nos roban.

Henr. Estos ecos
son de un criado mio, que es
algo bufon, tal vez creo
será alguna chanza suya;
pero acia aquí viene, presto
lo sabremos.

Sale Clau. Que nos roban,
Señor, acudid corriendo:
en la huerta anda un ladron.

Henr. Que dices loco?

Clau. Bien cuerdo
estoy, no hablo ahora de burlas
Yo estaba echado en el suelo
al Sol, y oì abrir la puerta falsa
mìro acia allá, y veo
à un Peregrino tunante,
entrar, cerró por de dentro
con una llave que trajo,
y á la sala se fue luego
de la huerta, abrió tambien
y se entrò, yo que le acecho
á avisar vengo, porque
sin Iglesia le pillemos.

Rey. Vamos al punto, á ver si
lo que este hombre dice es cierto.

Clau. Como si es cierto? Por señas
que es este, Señor, el mesmo
que mató á un hombre en el monte
ésta mañana, y un recio
mogicon me sacudió,
siendo vos testigo de ello.

Rey. Venid todos á buscarle
conmigo, que en mí es empeño
hacerlo, si es quien presumo. *vas.*

Clau. Voy allà: de esta vez quedo
vengado del mogicon. *vas.*

Amad. Vamos, Henrique *vas.*

Henr. Ya el Cielo
fue piadoso con Adolfo:
él sin duda, de aquel riesgo
libró al Rey, de esta vez todo
termina en gozo y contento. *vas.*

Guill. Roxerio, perdidos somos,
todo ya se ha descubierto.
Qué hemos de hacer?

Rox. No desmayes,
á gran daño gran remedio:
juntemos nuestros parciales
al instante, y con secreto
huyamos luego de aquí.

Guill. Eso es hacernos mas reos;
asistamos á mi padre
ahora, y despues veremos
lo que hemos de hacer despacio.

Rox. Vamos, pero yo me temo,
quizà, que hacer no podamos
luego lo que ahora podemos.

ACTO TERCERO.

Huerta, á un lado una puerta, por cima una ventana por donde despues se asomará Adolfo, y salen el Rey, Henrique, Amadeo, Claudio, Guillermo y Roxerio.

Henr. Hasta no ver en que para *ap.*
este suceso, no encuentra

sosiego mi corazon.

Rey. Ya hemos llegado à la huerta, ahor di donde está ese hombre.

Clau. La puerta es Señor, aquella de la sala donde está.

Rey Pues ve, y llama.

Clau. No quisiera mediese otro mogicon, pero yo iré con reserva, por si acaso.

Llama á la puerta y se retira.

Rox. En gran peligro *ap. á Guill.* estamos, si tu quisieras brebe se evitaba.

Guill. Ya es tarde, y es dar sospechas de lo que acaso no saben: lo que importa es con cautela ir observándolo todo.

Se asoma Adolfo, y al ver al Rey se sorprehende.

Adol. Quien dá golpes à esa puerta Pero válgame Dios!

Rey. No es Adolfo aquel?

Clau. Baxe, y venga acá, que su Magestad le llama, y no gaste flema porque no estamos despacio.

Amad. No es el Infante?

Se quita de la ventana.

Henr. En las señas del rostro, si no es, parece.

Rey. Mi sorpresa no me dexa *ap.* que acabe de discernir si es sueño, ó es evidencia lo que estoy viendo.

Clau. Ya tarda en abrir, pero si piensa que ha de quedarse encerrado la puerta caerá en tierra.

Rox. Que asì quieras arriesgar *á Gui.* la vida?

Guill. Calla, y observa.

Sale Adolfo abriendo la puerta.

Ado. Ya echó el resto mi fortuna, *ap.* en esta ocasion ya es fuerza ó que se muestre propicia ó que me destruya adversa Padre y Señor, á tus pies

Arrodillase.

está Adolfo, si deseas mi muerte, como solias, executa tu severa sentencia en mi infeliz vida; pero antes quiero que sepas que no te ofendì jamas, pues aunque ya se aparenta, en voz comun por delito herir à Guillermo, era, aunque Principe, mi hermano, en los dos no hay diferencia mas que nacer yo bastardo y él ser legitimo (Ah! pese á mi infelicidad!) el fué quién me ofendió con la lengua, y pretendió con la espada: luego, si bien se contempla, por lidiar yo cuerpo à cuerpo con él no merezco pena, habiendo sido la causa de todo, y es cosa cierta que conforme quedó herido tambien yo quedar pudiera. No alego yo este descargo para que perdon merezca mi yerro (si es que lo fué) sino solo porque adviertas Señor, que no te ofendì: pero si tu gustas muera, esgrime contra mi vida tu acero, rompe las venas en que tu sangre circula deshaz ya tu hechura mesma, no viva en el mundo, no quien tanto à irritarte llega. Yo de lesa magestad soy el reo, à quien condena à muerte tu real decreto, y pues ya de ésta sentencia no hay ninguna apelacion, solo mi lealtad espera dar à tu indignacion con mi sangre la última prueba.

Rey. O Dios! Es posible que *ap.* obre en mí una pasion ciega tanto que formado hayan mis yerros una cadena

de deshacer tan dificil!
Ah! Tarde el discurso acuerda
à reparar estos daños!
Henr. En que vendrà à parar esta
suspension? *ap.*
Rey. Levanta, Adolfo:

Levantase Adolfo.

Ahora dime, no eras
tu el mesmo que esta mañana
me defendiò?
Adol. Cosa es cierta,
Señor, el trage lo dice
aunque negarlo quisiera.
Rey. Y porquè cubriste el rostro?
Adol. Porque tu Real presencia
me sorprehendiò, y el temor
de enojarte, si me vieras,
por contemplarte irritado
contra mi.
Rey. Ya la sentencia
que contra tì promulguè
desde hoy rebocada queda,
pero con tal que me digas
quien fue seductor de aquella
aleve traycion, pues ya
me consta á saberlo llegas,
segun allí declaraste.
Adol. Padre, y Señor luego ordena
me den muerte; pero no
mandes que mi lengua sea
quién descubra este secreto,
accion tan vil, y grosera
no cabe, no, en pechos nobles.
Rey. Luego tu encubrir intentas
esta alevosia?
Adol. Encubrirla
no intento, lo que desea
mi pecho es no descubrirla.
Rey. Ya de traydor das sospechas
con tu silencio.
Adol. Ninguno de mas leal se precia
que yo, pero en este caso
perdonadme, pues es fuerza
que no rompa mi silencio,
que hay causa para que deba
callar, y à no ser así
creed Señor, que mi obediencia
no repugnára en decirlo,
siendo asi que es la primera
vez que tuve atrevimiento
à no hacer quanto me ordenas.
Rey. Bien està: despues verè
lo que debe mi prudencia
hoy determinar. Henrique,

Aparte á Henrique.

escucha: al instante lleva
á Adolfo á un retrete, y haz
que le vistan con decencia
de aquellas galas que tu
para tu adorno conservas.
Henr. Si harè Señor. Ven conmigo,
Adolfo, que así lo ordena
su Magestad; y tu, Claudio,
ven tambien. *vase.*
Clau. Que este hijo era *ap.*
del Rey! Ya desconfiè
de vengarme. *vase.*
Adol. Hasta que vea
el fin de aqueste suceso
mi corazon no sosiega. *vase.*
Rey. En el Principe, y Roxerio
advierto no sé que señas
de turbacion, si acaso ellos:::-
Pero no, vana es mi idea,
no puede ser, que Guillermo
es mi hijo, y mal pudiera
querer grangear por traycion
un Reyno que ya contempla
por suyo; pero Roxerio::-
Dentro. Venga acá el picaron.
Otro. Venga delante del Rey.
Rey. Que ruido es ese?
Amad. No sé que sea.
Rey. Vé á inquirir lo que es.
Amad. Si hare::. *vase.*
Rox. La ocasion, Guillermo, es esta
para lograr nuestra accion,
Aparte los dos.
supuesto que solo queda.
Guill. Ay, Roxerio, recelando estoy::
Rox. Ahora recelas
quando no hay otro remedio?
Rey. Que consulta tan secreta
tiene mi hijo con Roxerio!
Algun cuidado me cuesta
pero yo lo observare
todo, haciendo la desecha
que no he reparado nada.

Se pasea por delante de los dos observandoles las acciones.

Rox. Su descuido nos franquea
ocasion para matarle.
Guill. Verdad es, mas considera
en quan gran riesgo quedamos
despues.
Rox. Cobardia muestras
en lance que es necesario
mayor valor, si nos cercan
mas grandes riesgos, estando
la traycion ya descubierta,
en que reparas? Si quieres
vivir, sigamos la empresa
comenzada
Guill. Pues si ya
morir, ó seguirla es fuerza,
haz lo que quieras.
Rox. Con este
Saca un puñal con disimulo.
puñal, que mi diligencia
previno, le dare muerte!
Rey. Santos Cielos! Mi sospecha *ap.*
no es vana, un puñal sacò
Roxerio.
Rox. Quando se vuelva
de espaldas es ocasion.
Rey. Mucho sabe aquel que observa.
Ahora es fuerza estorvar *ap.*
su intencion. Quien tal creyera!
Roxerio?
Rox. Señor:: yo:: quando:: *turbado.*
Rey. Pues que turbacion te altera?
Rox. Nada es, Señor.
Escondese el puñal en el pecho.
Rey. Qué ocultaste
en el pecho?
Rox. Ya fue cierta. *ap.*
mi perdicion! Qué cobarde
es la traycion, pues pudiera
haberle ya dado muerte!
Rey. No me respondes?
Guill. Qué pena! *ap.*
Rox. Gran Señor, á tus pies::
Arrodillase.
Rey. No prosigas el labio sella,
pues declarándome estás
sin hablar quanto pudieras
decir; y tu hijo traydor::
Guill. Ay de mí! Padre, no creas
que pude yo::
Arrodillase.
Rey. Calla, infame. (huerta
Dent. Am. Entrad, que aquí está en la
su Magestad.
Rey. Gente viene:
alzad, que ahora es bien suspenda,
hasta despues, el castigo.

Se levantan los dos, y salen Amadeo, y dos villanos que traen preso un Montero.

Amad. Ya estais del Rey en presencia.
Rey. Qué es eso?
Amad. Que estos villanos
hallaron entre las breñas
del Bosque, impensadamente,
à ese Montero, cubierta
la cara, y con un cadaver
en sus ombros; por sospecha
le prendieron, y sabiendo
que tu Magestad se hospeda
en esta Quinta del Duque,
le traxeron, porque veas,
y exâmines si hay algun
delito aquí, pues lo muestran
casi los indicios.
Rey. Este, sino me mienten las señas
es el que salvó la vida *ap.*
de los dos que con fiereza
darme intentaron la muerte:
su castigo el Cielo ordena.
Yd, pues, con Dios, que yo haré
se os pague la diligencia
que en mi servicio habeis hecho,
y á mi cargo el preso queda

Vanse los Villanos.

Rox. Solo esto faltaba! *ap.*
Guill. O Dios! *ap.*
Rey. Dime, traydor, tu no eras
quién pretendió darme muerte
esta mañana, en la espesa
fragosidad de este bosque?
Mont. Señor, no puedo, aunque quiera
negarlo, pero tambien
es verdad que quien ordena
esta traycion es Roxerio,
él con astucia, y cautela
nos ofreció al que murió,
y à mí una gran recompensa

por

por daros la muerte.
Rey. Y tu que se disminuye piensas
tu culpa porque interviene
esa circunstancia en ella?
Mont. Bien se que estoy condenado
á muerte, pero quisiera,
ya que muero, dexar hoy
esta traycion descubierta.
Amad. Admirado estoy de oir *ap.*
cosas, para mí, tan nuevas!
Rox. Que es esto que por mí pasa!
cayga un rayo de la esfera
que me destruya, y abrase.
Guill. Ah! si se abriese la tierra, *ap.*
y me ocultase en su centro!
Posible es que accion tan fea
pudiese yo meditar!
Rey. En tal confusion se anegan *ap.*
mis sentidos, que no se
lo que en tal caso hacer deba!
Pero que dudo? es forzoso:
la justicia al amor venza
de mi hijo. Capitan,
haced que al instante prendan
al Principe y á Roxerio,
Amad. Deme, Señor, vuestra Alteza
la espada.
Guill. Tomad.
Dale la espada.
Amad. Y vos
Roxerio, dadme la vuastra.
Rox. Ahí la teneis. *Dasela.*
Rey. El puñal *á Roxerio.*
que oculto tienes entrega
tambien á Amadeo.
Rox. Es posible *ap.*
que no consiga esta afrenta
dar fin á mi vida! Pero
si es fuerza morir, no muera
en un público cadahalso,
sino á impulsos de mi diestra
y este puñal instrumento
para conseguirlo sea.
Amad. Dame el puñal.
Rox. Si daré
mas será en abriendo puerta
Dase de puñaladas.
para que exâle mi vida
el aliento que le queda.
Amad. Que haces hombre?
Rey. Tente.
Rox. Ya no tiene remedio, estè era
mi destino, quien no vive
bien, que muera mal es fuerza,
pero Señor, os advierto
que aunque Guillermo es en esta
traycion complice tambien,
solo yo fui causa de ella:
yo le seduci, intentando
darle despues muerte fiera,
y que recayese en mí
la soberana Diadema
de Suecia, pero el Cielo
mis maximas desordena,
ya castigó mi ambicion,
ya derribó mi soberbia,
ya muero (ay de mi!) ya el pecho
palpita, ya la sangrienta
parca el vital hilo corta.
Sale Clau. Señor, ya la diligencia
que á mi amo le encargasteis
dice que la tiene hecha.
Pero (hay Dios!) que le habrá dado
à este Señor? Por que tiembla?
Rox. Ay infelice! Rabiando
muero. *cae.*
Amad. La justicia recta
del Cielo le castigò.
Guill. Aun á respirar apenas *ap.*
acierto.
Rey. Absorto he quedado!
Clau. Que porrazo dió! Y nadie echa
mano para levantarlo.
Rey. Otro remedio no queda *ap.*
mas que hacer público á todos
el secreto que reserba
mi pecho, pues solamente
con eso mi inquietud cesa.
Vé, y di al Duque tu señor
que en ese salón de afuera
á el, y á Adolfo espero, que
es mucha del Sol la fuerza
ya para estar aqui.
Clau. Voy
luego allá de una carrera
Oye usted, que le diò á ese hombre?
Amad. Se muriò.
Clau. Sì? Pues Requiescant. *Vase.*
Rey. El Cadaver retirad,
y venid todos, que es fuerza
mirar despacio este caso,
y dar en el providencia

que

que no falte á mi justicia,
y al real decoro convenga. *van. Ad.*

Salón corto: Salen Henrique, y Adolfo de gala.

Henr. Alienta, Adolfo, que ya
te fué propicia tu estrella,
ya estàs perdonado.
Adol. Es cierto;
pero aun todavia queda
que vencer; porque mi padre
que yo le descubra intenta
aquella aleve traycion,
y antes la vida perdiera
que descubrirla:- los nobles,
quando de serlo se precian,
aun de su enemigo deben
callar las faltas que sepan.
Henr. Quando se sigue perjuicio
en callarlas, no se observa
esa ley: fuera muy bueno
que en mi daño procediera
el hacer yo un beneficio.
Adol. Henrique, aunque me aconsejas,
yo sé tu hicieras lo mismo
si en mi situacion te vieras.
Henr. No sé lo que haria; pero
tambien á mí me reservas
este secreto?
Adol. Con tal
que el silencio me prometas
le sabrás.
Henr. Ahora dudas
de mi lealtad verdadera?
Adol. Jamás he dudado yo
de tu lealtad; pero en esta
ocasion tal vez podrias
alegar en mi defensa
aquello mismo que yo
no quiero que nadie entienda.
Henr. Habiendome tu encargado;
que lo callára::: *Llaman.*
Adol. Pero llamaron?
Henrique. Si.
Dent. Clau. Abrid apriesa.
Henr. Claudio es: veamos que quiere.

Abre, y sale Claudio.

Que hay de nuevo?
Clau. Que allá fuera
en el salón grande, dice
el Rey que á los dos espera.
Henr. Vamos, Adolfo, que luego
me acabarás de dar cuenta
de tu suceso.
Clau. Señor,
no sabeis como en la huerta
un Caballero se ha muerto?
Henr. Que dices?
Adol. Sabes quien era?
Clau. Era uno de aquellos dos
que tuvieron la contienda
poco hace, quando avisé
al Rey porque no riñeran.
Henr. Roxerio, y Amadeo fueron
esos.
Clau. Pues porqué lo entiendas
no es Asmodéo, sino el otro.
Henr. Luego es Roxerio?
Clau. Por fuerza.
Adol. Y de qué murió?
Clau. No sé
de cierto, pero, en las señas
conocí era perlesía,
porque hacia de esta manera,
Hace extremos.
luego con un gran porrazo
dió todo su cuerpo en tierra:
yo le pregunté à uno allí
que le ha dado? y con voz séria
me respondió, se murió.
Adol. Henrique, no te detengas,
vamos al instante.
Henr. Vamos. *vanse.*
Clau. Yo estoy con la boca abierta,
sin saber lo que sucede,
y aunque hago mil diligencias
para saberlo, me quedo
siempre con la duda mesma;
algunas cosas que he visto
no encuentro substancia en ella
pues no sé el fin, ni el principio,
pero esta vez (si mi idea
no me ha engañado) ser puede,
que todo este caso entienda:
al salón grande van todos,
allá voy, y entre la gresca
me entremeto, allí es preciso,
que la averiguacion sea
de todo quanto á pasado,
siendo asì saberlo es fuerza,
y con eso podré dar,

quan-

quando se junte en la Aldea
la tertulia, de este caso
noticia clara, y completa. *vase.*

Salón bien adornado: Salen el Rey, Amadéo, Guillermo, el Montero, Adolfo, Henrique, y despues Claudio.

Guill. Oh Cielos! Qué diese asenso *ap.*
yo á las maximas perversas
de Roxerio!
Adol. Confundido *ap.*
estoy hasta que no sepa
quien de Roxerio la muerte
produxo, y que el Rey ordena.
Rey. Con que en efecto, Guillermo,
tú fuiste cómplice en esta
sedicion, solo porque
un traydor te lo aconseja:
no es cierto?
Guill. Quien se vió en tal *ap.*
frenta! Menos mal fuera
haberme yo dado muerte
tambien.
Rey. No me das respuesta?
Guill. Padre, y señor, no lo niego,
sus consejos fueron:::-
Rey. Cesa,
no prosigas, que no quiero
escucharte de verguenza.
Padre me llamas ahora
despues que armaste tu diestra
para darme muerte, infame?
Jamás á llamarme vuelvas
ese nombre, pues no eres
tú digno de que yo sea
tu padre; que irracional
bruto, que indomita fiera
trazó igual alevosía?
Si este Reyno tuyo era,
y ves que mi senectud
ya la muerte me acarrea,
para que tu te corones,
qué mas desear pudieras?
Por reynar algunos dias
mas, esta traycion fomentas?
Este pago ha merecido
mi grande amor, las finezas
con que te honró mi cariño
aun desde la edad primera?
Ah! Quán diferente obró
tu hermano! En extrañas tierras
prófugo se vió por tí,
tu amor consiguió que diera
contra él sentencia de muerte,
solo por una pequeña
ofensa que cometió
contra tí; y quando pudiera
irritarle contra mi
lo injusto de mi sentencia,
me liberta del peligro
á que me expuso tu fiera
inhumanidad: ¡ah ingrato!
Pero mi justicia recta
hará se dé á tu delito
el castigo que merezca;
en un Cadahalso mañana,
escarmiento de Sueeia
has de ser.
Adol. Señor, si acaso
merece con tu clemencia
algo mi humildad, te ruego
que algun examen preceda
del delito de mi hermano
á su castigo.
Rey. Tu intentas
ser en su favor ahora?
Adol. Yo oí de su boca mesma
esta mañana disculpas,
para atajar tan perversa
sedicion, pero Roxerio
le engañó con tal manera
que no supo lo que iba
á hacer.
Rey. No sé si ser pueda
lo que dices verosimil.
Adol. Es, señor, cosa tan cierta
como lo es que mi espada
fué de tu vida defensa.
Oculto en el Bosque oí
trazár á los dos aquella
traycion (que sin duda el Cielo
quiso que así sucediera
para que te defendiese,
pues sino mal yo pudiera,
sin estár prevenido ir
á defenderte) dió muestras
Guillermo de que seguía
con poco gusto la empresa;
pero el traydor le propuso
que tú le agraviabas, y era
justo darte muerte, para
satisfacer esta ofensa,
juzgando una reprehension,

que tú le diste sevéra
á Guillermo, por delito.

Rey. Aunque eso, Adolfo, asi sea
una vez que consintió
en esta maldad, la pena
merece ya de traydor.

Adol. Pero á tu piedad apela,
mira, Señor. que es tu hijo.

Rey. Valgame Dios! Que diversas *ap.*
almas hay en mis dos hijos!
Què yo aborrecer pudiera
á quién tan digno es de ser
amado y con pasion ciega
quitarle un Reyno que es suyo!
Pero yo haré que la enmienda
satisfaga lo que entonces
obré con tanta imprudencia.

Adol. En fin, Señor, que respondes?

Rey. Una vez que te interesas
tanto por ese traydor
tu le has de dar la sentencia

Adol. Yo, Señor?

Rey. Si, y advirtiendo
que darme muerte en la huerta
con consentimiento suyo
pretendió Roxerio, mientras
faltasteis todos de allí:
yo que observé con cautela
su intencion, fustrarla pude,
á este tiempo Amadéo llega
con ese Montero que
los Villanos de esa Aldea
traxeron preso, y siendo este
el traydor que en la refriega
quedó con vida por huir,
toda la verdad confiesa,
lo qual visto por Roxerio,
y que mandé le prendieran
él mismo desesperado,
con furia inhumana, y ciega,
de puñaladas se dió.

Adol. Valgame Dios!

Rey. Ahora piensa,
que á sentenciar vàs, y es bien
que justamente procedas.

Adol. Si á tu real decoro ofendo
con perdonarle, me dexas
atadas las manos.

Rey. Ya
que mi facultad suprema
te dí, lo que tú dispongas
se harà, y para mayor prueba
tambien has de sentenciar
á ese que de sus ideas
fué instrumento.

Adol. Si es tu gusto
este, justo es te obedezca
A ese hombre que cometió
tan sacrilega vileza
como querer dar la muerte
à su Rey, ya le condena
forzosamente á la muerte
su delito, asi lo ordenan
divinas, y humanas leyes;
pero ya que tu clemencia
para librar á mi hermano
facultades me dispensa, (quien
digo, Señor, que supuesto murió
seductor era de este delito, á Guiller-
el perdon se le conceda (mo
con tal de que arrepentido
con juramento prometa
serte fiel de aqui adelante,
y que (pues es una mesma
culpa en la que ambos incurren)
ya que al uno se le absuelva,
tambien particípe el otro
del perdon, justo es no muera,
pero mientras viva, esté
en una prision perpetua.
Esto es lo que me parece
se execute, si lo apruebas.

Rey. Tan generosa piedad
como es posible yo pueda
hacer que no tenga efecto.
Guillermo, desde ahora quedas
perdonado.

Guill. A vuestros pies...

Rey. No ésta piedad me agradezcas
à mí, que á Adolfo es á quien
deberás agradecerla.

Guill. Hermano mio, à tus pies
rendido...

Adol. A mis brazos llega
hermano, y este suceso
te sirva para la enmienda

Guill. Las obras mias dirán
quanto lo que hice me pesa.

Mont. Tambien mi agradecimiento
confieso, pues me libertas
de la muerte.

Rey. Ahora Vasallos
llegó término en que es fuerza
un secreto descubrir

im-

importante, en que se encierra
de este Reyno la quietud,
y tambien de mi conciencia.
Sabed, pues, que no es Adolfo
bastardo, como en Suecia
se cree, legitimo es,
que de mi esposa la Reyna
nació, el bastardo es Guillermo:
el grande amor que à Efigenia
su madre, tuve, fue causa
de que este cambio se hiciera;
pero ya hé reconocido
quantos males la imprudencia
de aquella injusta pasion
produxo, y pues ya confiesa
mi lengua el yerro que hice,
hijo quarido, merezca
yo el perdon de todas quantas
pude hacer contra tí ofensas.

Va á arrodillarse, y le detiene Adolfo.

Adol. Padre, que haceis? No mirais,
que mi humildad se consterna
al ver en vos tal accion?
No hay causa para que pueda
agraviarse un hijo tanto
de un padre, que quando quiera
volverle à su gracia no
responda con la obediencia

Rey. Exemplo eres de virtud.
Ahora todos en prueba
de darle la posesion
besadle la mano.

Guill. Sea *Le van besando la mano.*
yo el primero que consiga
el darte la enhorabuena.

Adol. Tu afecto, Guillermo, estimo,
y sabe el Cielo quisiera
no perdieses tú lo que
la suerte á mí me grangéa.

Henr. Solo explicar mi silencio
podrá la alegria inmensa
que poséo, con mirar
en tí mudanza tan nueva.

Adol. Ya ha llegado tiempo, Henrique
en que pueda tus finezas
pagar. *Amad.* Recibe, Señor,
mi afecto, con advertencia,
que ha muchos dias deseaba,
que tú mi Principe fueras.

Adol. Tu lealtad, Amadeo, aprecio
tanto como la experiencia
te dirá. *Clau.* Yo soy aquel
á quien diste con sobervia
un mogicon, y la mano
con que le diste ahora besa.

Adol. Yo satisfaré despues,
Claudio, tu pasada ofensa,

Rey. Haced dispongan los Coches
al punto, y con diligencia
partamos luego à la Corte,
ella, y todo el Reyno sepa
lo que pasa, á todos se haga
público, y tu, Henrique, piensa
que tambien has de partir
pues sé ya quanto te aprecia
mi hijo Adolfo. *Henr.* Señor si
te ofendí en que se viniera
á refugiar á mi casa
perdon mi yerro merezca.

Rey. No lo supe, pero tuve
de que fuese así sospecha,
por el amor, que os tuvisteis
desde niños, y la estrecha
amistad que profesabais;
ya esto nada importa: lleva
á tu cargo ese Montero,
y haz (segun dió la sentencia
Adolfo) en una prision
se ponga.

Henr. Haré lo que ordenas.

Clau. Gracias á Dios que ya supe
el caso al pie de la letra.

Rey. Y aqui, Publico benigno,
finalizando esta idea,
si por rara ha conseguido
ser de vuestra complacencia:

Con todos.

Consigan tener erdon
sus faltas, que on inmensas.

FIN.